

Anna Genni Miliotti

En el Pueblo de San Ytol



Ilustrado por Brunella Fontani

Traducido por Maria Rosaria Buri



Soroptimist International d'Italia

En el Pueblo de San Ytol

¿ Han ido alguna vez al pueblo de San Ytol? Parece que es un pueblo muy extraño y es conocido por una fuente muy famosa cuya agua –dicen- ayudaría a curar enfermedades horribles come el resfrío, la diarrea, el dolor de barriga o el dolor de dientes. Y parece que cura también los pensamientos tristes –aquellos que llegan cuando non tienes ganas de hacer nada y te quedarías todo el día echado en el sofá. Pero, resulta difícil llegar a este pueblo, por que no hay más carreteras ya que el puente que solía llevar al pueblo – que se encuentra en la cumbre de un monte- fue destruído muchos años atrás. Y nadie volvió a reconstruirlo. Así que hay que tomar un sendero y, después de una hora de camino, se llega al pueblo. Aquí hay un letrero que pone: *'Malvenidos al Pueblo de San Ytol.*

Un poquito más adelante se encuentra otro letrero que pone: *¿Para qué vienen aquí?*

Y, finalmente, justo en el umbral de la puerta del pueblo, que tiene más de 1000 años, hay otro letrero más: *¡Vuelvan a su casa!* Que de ninguna manera parece ser un mensaje de bienvenida.

En efecto, a la gente del pueblo no le importa si llegan visitantes o turistas, ya que están acostumbrados a estar solos, “Mejor solos que con gente que no conocemos,” dicen. Y ellos se conocen todos, y están acostumbrados a vivir así. A solas.

Ya habrán entendido que aqui la vida es un poco distinta. Los Sanytoles tiene costumbres extrañas. Aunque se conozcan todos, no se saludan como se saludan los verdaderos amigos: no estrechan la mano, no se dan abrazos, y no se le ve a nadie dar un beso... ni tampoco a su propia mamá en el día de la Madre, o a su propio papà en el Día del Padre. Para saludarse hacen un gesto con la mano, a distancia .. ¡ y nunca se acercan a menos de un metro!

Aquí nadie te invita a un fiesta; mucha gente ... ni tampoco se celebran las fiestas del pueblo. Algunas veces toca la banda, pero es difícil tocar el trombón o el clarinete con una mascarilla en la cara. Puí, porque aquí todo el mundo lleva una graciosa mascarilla, pero no de colores como aquellas que se usan para Carnaval, si no una de

color verdecino para tapar nariz y boca. ¿Y cómo se hace para comer? En la casa, a la hora del almuerzo o de la comida, se puede quitar...¿y si hay que comer en una *pizzeria* ? Las pizzas las pides por medio de un App, y te las entregan en tu casa. Nadie sale para ir a comer afuera, a no ser que sea un grupito pequeño, como tu y yo, sin ninguna otra persona cerca. Es así que funcionaba todo, hace tiempo, y nadie se acordaba como se hacían las cosas anteriormente. Ni tampoco los ancianos del pueblo.

Todo fluía tranquilo en el pueblo de San Ytol, hasta que, un día, llegó un forastero que llevaba un bloc para apuntes con bolígrafo y una cámara – ¡un periodista! No parecía intimidado por la cuesta empinada, ni tampoco por aquellos inusuales letreros de malvenido. Al entrar al pueblo se introduce en un bar (hay uno sólo en el pueblo) y...sin mascarilla..... dice, “¡ Buenos días! Quisiera un café.”

“¿ Cóbo lo desea?” farfulla el barista detrás de su mascarilla verdecina que le cubre la boca.

“¿Qué?”

“El fafé...”

“¡ Ah, Espresso. Gracias!”

El barista trastea con su máquina para el café, prepara la taza y la pone en una bandeja y, luego, con un largo bastón, coloca la bandeja encima de la única mesita, retirándose en seguida a una distancia de 1 metro. Pero, aquel cliente extraño toma su café, se acerca al banco y continúa su conversación. ¡De cerca!

“Me llamo Felix Sereno. ¡Soy periodista y me gustaría hacer un reportaje sobre este bonito pueblo!”

“Yo do se dada y do le codozco a dadie! (¿Y qué quieres..? ¡hubieras tenido que quedarte en tu casa!)

“De repente Usted conoce a alguien que yo podría entrevistar....como por ejemplo el Alcalde?”

“El Aldalde está ocupado. De dodas maneras indende ir a la Municipadidad y prefúnteselo a su Sefretaria!”

El señor Felix paga y sale, dirigiendose hacia la Municipalidad. Por la calle todo el mundo lleva puesta esta curiosa mascarilla verdecina... ¿pero por qué?

Le gustaría preguntárselo a alguna persona, pero se da cuenta que todo el mundo se alejaba de el...y se iban corriendo intercambiando miradas extrañas y preocupadas. Ni en la Municipalidad le brindan una buena acogida:

“El Aldalde no etá. Trabaja de su casa. Piene aquí raradente. Indende volver más tadde.”

¿y, que hacer? Pues le habían dicho que había una historia que contar y, más pasaba el tiempo, más crecía su curiosidad de periodista.

En frente de la Municipalidad , al otro lado de la plaza, hay una iglesia.

“¿ Y si intentara buscar al párroco?”

“Sí, esta es la iglesia principal del pueblo, dedicada a nuestro patrono, San Ytol.

¡Ah, finalmente una persona que hablaba de manera clara, sin mascarilla!

“¿La mascarilla? No, no la llevo. Pues aquí ya no viene nadie.”

“¿ Y las misas?” “Pues aquellas las digo por Skype. Y ya no se celebran bautizos ni confirmaciones... imagínese Usted las confesiones. Por decreto de la Muncipalidad, ya no podemos acercarnos a nadie a no ser que estemos a 1 metro de distancia. Pero no ha sido siempre así, anteriormente había el agua del Santo.

Mientras le habla lo conduce frente a la capilla dedicada al Santo. Hay una pintura muy bonita: un monje, con un halo muy brillante en su cabeza. Tiene en su mano una varita, y está por tocar una roca, de la que fluye un agua transparente y resplandeciente. “Este es San Ytol, retraído en el mismo momento en el que hizo manar del manantial dentro de la roca el agua milagrosa. Sabe Usted que en el pasado mucha gente solía venir aquí para rezar y agradecer por las gracias recibidas, por su agua realmente milagrosa. La fuente existe todavía. ¿Le gustaría verla?”

“Sí, me gustaría ,mucho.”

“Entonces espere un momentito, voy a buscar una mascarilla –Usted sabe, necesita ponérsela para salir. ¡Disposición del Alcalde!” A pocos pasos de la iglesia se encuentra la fuente, protegida por una construcción sencilla, rodeada por bancos para permitirle a los fieles descansar y rezar. “Es esta la fuente del agua milagrosa de San Ytol. Mucha gente solía venir aquí, también de otros lugares, para llevarse el agua para sus casas. Se vendían también pequeñas botellas con la efigie del Santo, y muchas personas las buscaban: era realmente un agua milagrosa. Se utilizaba para limpiarse las manos, las habitaciones, y también para lavar las frutas y las verduras. ¡Y protegía de cualquier enfermedad! Y, un mal día, el manantial se secó, y el agua ya no fluía, y desde aquel día ningún peregrino jamás volvió aquí. ¡Ay sí, necesitaríamos otro milagro. No es fácil, ni tampoco por un cura, vivir en este pueblo!”

El Señor Felix saluda. Ya es la hora de comer. Después de tanto caminar, siente un poco de hambre...pero, ¿cómo buscar un restaurante? Fácil, hay sólo uno, justo en la plaza: “La Estancia del Forastero”

Y parece estar vacío. Puede ser que sea demasiado temprano... o tarde.

“¡ Buedos días!”

Lo saluda el mesonero y lo lleva hacia a una mesa, la única en el pequeño restaurante.

“¿Qué defea que le frefare?” le pregunta detrás de su mascarilla.

“¿Qué hay en el menú?”

“ Dada. Aquí ya no viene dadie. ¡ Pero le puedo pfrefarar lo que quiera!”

“Sería suficiente un buen plato de pasta....si hay.”

“¡Claro! Quiere comer aquí o pfrefiere afuea?”

“Comeré aquí... si non es un problema. (¡pero que pueblo más raro!)

El mesonero desaparece. Reaparece después de una buena media hora, con un humeante plato de fettuccini con tomate. Hay también una copa de vino y una jarra con agua....y lo deja todo sobre la barra.

“¡ Ya está lifto! Puede fenir a coferlo quando quiera.”

¿Yo mismo? ¡Que buen servicio....!

“Sabe, aquí es todo en mofalidad felf fervis. Con las difpoficiones que nos han impuefto de la diftancia de 1 metro....”

Los fettuccini están muy buenos, y el buen vino estimula la conversación:

“Me gustaría saber algo más sobre las costumbres de este pueblo. ¿Con quién podría conversar?”

“Pruebe a freguntarle a Bateo Falén, llamado Batufalén, el más viejo del pueblo. Afuelo, bisafuelo, tatarafuelo... ¡cuantas hiftorias ha fisto!”

(traducción: pruebe a preguntarle a Mateo Salén, llamado Matusalén. El más viejo del pueblo. Abuelo, bisabuelo, tatarabuelo... ¡cuantas historias ha visto!)

“¿ Y adonde vive?” pregunta el Sereno.

“¡Bibo!” llama, en voz alta el mesonero, y llega corriendo un niño...

“El es pi hijo, cuando fueda le ayufará. El es muy fiestro, y conofe a todo el bundo en el pueflo. Le acomfañerà el.”

“Hola, Bibo.”

“¡Gracias y hasta luego!”

Salen de allí y se empieazan a andar por el pueblo.

“Yo me llamo Nino. No Bibo,” le dice el muchachito, “Aquí todo el mundo habla tan raro por la mascarilla.”

“Así es, y es difiicil entenderles para un foreftero como yo. Pero...¿ por qué tu no la llevas?”

Para llegar a la casa de Salén, llamado Matusalén, hay que salir del pueblo, y caminar cuesta arriba, a lo largo de una pendiente de las que te dejan sin aliento. Los dos caminantes proceden lentos, así que hay bastante tiempo para conversar.

“No, es que a mi me molesta, yo soy alérgico. Me salen ronchas aquí...en toda la cara y en el cuello, también. Entonces, el Alcalde me dió un permiso especial.”

“¿Tienes un permiso también para la escuela? Creo que a esta hora deberías estar estudiando.”

“¿Cuál escuela? Ve Usted aquel edificio?”

El niño indica un edificio cubierto de enredaderas y zarzas. Apenas se lee un viejo letrero “Escuela del manantial...”

“¿Aquella era la escuela?”

“Así es. Ya no viene ningun niño aquí. Hace años. Matusalén iba, y es la única persona que se acuerda todavía de la escuela.”

“¿Y cómo hacen, entonces, para aprender a leer y escribir y seguir las clases.... Y todo lo demás?”

“Lo hacemos de la casa, por Skype. Las profesoras de sus casas, nos dan las clases, y tareas también.”

“¡A éste no se le debe llamar el pueblo de San Ytol, sino más bien, el pueblo de Skype!” dice bromeando el periodista. El niño se ríe.

“Ya vamos llegando. Yo vengo a menudo a visitarle a Matusalén, po que me gustan sus cuentos.”

Lo encuentran sentado en un banco delante de la puerta de su casa, tomando el sol. Non tiene mascarilla puesta, y se le notan las mil arrugas que el tiempo ha marcado en su rostro bronceado.

“No, aquí la vida no ha sido siempre así.”

El viejo invita su nuevo huésped a sentarse cerca de él, y empieza a contar.

“Cuando el puente existía todavía, aquí llegaba mucha gente desde sitios lejanos para rezar a San Ytol y coger el agua milagrosa. Nadie se ponía mascarillas. Luego el manantial se secó y no botó más agua. La gente empezó a enfermarse. El doctor del pueblo echó la culpa a algún virus traído por algún turista. Entonces, con disposición del Alcalde, hace mucho tiempo, se cerraron todas las carreteras, destruyeron el puente, y comenzaron a ponerse las mascarillas, para evitar el contagio. Pero, junto con los turistas y el agua milagrosa....desaprecieron también el gozo y la alegría. Y una enfermedad más grave contagió a todos los habitantes del pueblo: el emociónvirus.”

La voz del viejo hombre se hizo más baja y triste, mientras seguía contando.

“Todas las emociones son útiles, y no deberías luchar contra ellas, sino más bien probarlas y comprenderlas. Nons ayudan a vencer los desafíos de la vida. En cambio, detrás de las mascarillas, cada cual ya se ha acostumbrado a esconderlo todo. Nadie puede ver si estás triste o alegre, sei te conmueves o si estás llorando. Cada cual

esconde su propia fragilidad, defendiéndose no solo de un virus, sino también de sus propias emociones. Y esto se convirtió en un hábito de todos los que viven en este triste pueblo. Cada cual está solo, y nadie logra comunicar con los demás.”

“¿Y los niños?”

“Los niños como Nino son más fuertes, no han conocido aún esta horrible enfermedad causada por el emociónvirus. Ellos son nuestra esperanza. Se precisaría un milagro para devolverle vida a este pueblo que, lamentablemente, ha perdido el sentido del amor y de la amistad. Aquí hoy en día cada cual está cerrado en sí mismo, detrás de aquella mascarilla, y la distancia entre las personas es más larga del metro impuesto por la disposición del Alcalde.”

Mientras que van bajando hacia el pueblo, al periodista se le ocurre una idea: aquí necesitamos un plan.

“Nino, aquí hay que hacer algo, para derrotar al emociónvirus, y devolver la vida a este pueblo. ¿Me ayudas?”

“¡Claro que te ayudaré! –dice Nino. Me gustaría que todo volviera como en el tiempo de Matusalén. El nos cuenta que, antaño los niños jugaban en las calles, jugaban fútbol sin miedo de empujarse o acercarse. ¡Podían también pelearse! Ahora estamos todos encerrados en nuestras casas, y nos encontramos sólo en Skype.”

La primera etapa fue de nuevo la iglesia. El párroco estaba terminando las Vísperas. Parecía todo extraño: hablaba con las paredes, las columnas ...y no había nadie en la iglesia. Sólo una pequeña cámara que filmaba. Luego, dirigiéndose a los dos y únicos huéspedes, los invitó a que tomaran asiento en una de las bancas vacías. “Y entonces...¿cómo les fué?”

“Pues, ahora ya sé mucho más, y he entendido muchas cosas. No sólo sobre la historia del Santo, sino también sobre las raras costumbres de este pueblo. Y ya sé cual es el problema. Me gustaría resolverlo, pero no sé cómo.”

“Yo tendría una idea,” dijo Nino. Y, sin mascarilla, se podía apreciar bien su sonrisa...

Aquí termina la primera parte del cuento. ¿Les ha gustado? ¡Ahora les toca a ustedes!

Necesito que me ayuden a escribir el final...

Porque yo, solita... ¡no logro terminar este cuento!

Pueden enviar su Final a: contact@annagennimiliotti.it

